

la volubilidad, la flaqueza y el orgullo del espíritu del hombre; veía los peligros que la fe estaba destinada á correr en tantos entendimientos, y los naufragios que en muchos sufriría, y las pérdidas que esto debía acarrear á su religion sacrosanta; veía todo esto, y sin embargo dijo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* Admiremos pues con humilde reconocimiento su inefable dignación en salvar la combatida nave, hasta el tiempo que nosotros alcanzamos; y por lo tocante á los peligros del porvenir, dejemos al Todopoderoso el cuidado de conservar su obra. ¿Dónde estábamos nosotros cuando establecía los fundamentos de la tierra, cuando señalaba sus límites al mar, cuando extendía el cielo como un magnífico pabellón, y alumbraba la inmensidad del firmamento con torrentes de luz salidos de la nada al imperio de su voz?

La religion católica no ha menester envolverse en tinieblas para conservar el legítimo ascendiente que le aseguran los títulos celestiales que puede presentar; jamás ha esquivado la discusion, antes al contrario, se ha esforzado en promoverla por cuantos medios han estado á su alcance. Siglos antes que apareciese la imprenta se habian escrito ya innumerables volúmenes sobre todos los puntos de la religion, y sobre los fundamentos en que estriba; pero menester es confesar que sin este descubrimiento no hubieran logrado los escritos antiguos la asombrosa propagacion que obtienen ahora, ni habria sido dable tampoco multiplicar de la manera que se ha hecho en los tiempos modernos, las obras de historia eclesiástica, de controversia dogmática, de teología escolástica, de crítica, de filosofía, de ciencias naturales y exactas; formando ese admirable conjunto de erudicion y sabiduría que nos han legado tantos insignes escritores, y del cual brota un raudal de vivísima luz, bastante á convencer á todo hombre sensato de que la religion católica es la única verdadera.

En todas épocas, y particularmente despues de la inven-

cion de la imprenta, se ha podido notar cuán diferente es la religion de Jesucristo, de las demás que han existido y existen todavía. En estas, la discusion religiosa no ha tenido jamás un desarrollo considerable. Oscuras en su origen, enigmáticas en sus expresiones, tortuosas en su conducta, tiránicas en su gobierno, han tendido su férrea mano sobre la miserable humanidad, condenándola á vivir en el ilotismo, ó cegándola y corrompiéndola con dar rienda suelta á las pasiones mas vergonzosas. La luz era para ellas temible, *porque obraban mal*; y así procuraban desterrarla del espíritu de sus prosélitos, inclinando al goce los corazones, y pegando al polvo las frentes que debieran mirar al cielo. Muy al contrario nuestra augusta religion: sin admitir el desatentado y funesto principio de exámen, tal como lo entienden los protestantes, pues que no le era posible sin negarse á sí misma faltando á la institucion del Divino Fundador, ha procurado no obstante que no cesase nunca la discusion sobre las materias mas graves, fomentando ella misma la fundacion y progresos de aquellos establecimientos, cuyo objeto era la conservacion y el lustre de los estudios religiosos.

Léjos pues de que sea justo decir que la imprenta ha sido para el catolicismo un golpe de muerte por haber promovido con mayor extension las controversias sobre las cuestiones mas importantes, puede afirmarse con el testimonio de los hechos, que ese nuevo medio de propagacion secundaba los designios de la Iglesia católica; sin que valga lo que en contrario pudiera alegarse, fundándose en el lamentable abuso que de él han hecho y hacen todavía las falsas sectas, la incredulidad y las pasiones bastardas. Ya hemos visto cuán atinadamente se expresaba sobre este asunto el papa Leon X, al propio tiempo que se proponia reprimir los que ya en aquella época se introducian. Examínense las palabras del citado Papa, y se echará de ver que no encierran vanas protestas contra los adelantos del siglo, que la Cátedra de san Pedro no forceja como le achacan sus calumniadores para detener el curso de la ci-



vilizacion, que no se empeña en hacer que la humanidad vuelva atrás, que no anatematiza la obra del genio, ni condena las nuevas alas que acaba de alcanzar la inteligencia. Se propone, sí, refrenar los excesos, precaver los grandes males que amenazan á la religion y á la sociedad si no se acude á tiempo; pero no confunde el uso con el abuso, no desecha el bien por el solo peligro del mal, procura evitar este sin destruir aquel, y reconoce de la manera mas clara y terminante que la invencion de la imprenta ha sido un favor particular del cielo, *divino favente numine*; que de ella pueden los hombres reportar grandes beneficios, principalmente los sábios católicos de los cuales abunda la Iglesia romana, *et viri eruditi in omni linguarum genere, præsertim autem catholici, quibus Sanctam Romanam Ecclesiam abundare affectamus, facili evadere possunt*; que este descubrimiento habia sido para la gloria de Dios, apoyo de la fe y propagacion de las buenas artes, *quod ad Dei gloriam et fidei argumentum ac bonarum artium propagationem salubriter est inventum*. De esta suerte se habla cuando se procede de buena fe, cuando el espíritu está guiado por intenciones rectas y un sincero amor á la verdad; así ha procedido siempre la Iglesia católica, y los que la han achacado otra conducta, ó ignoraron su historia, ó la calumniaron á sabiendas.

Uno de los mas notables efectos producidos en la sociedad por la imprenta, es el haber dado al pensamiento una fuerza é influjo, mucho mayores de los que disfrutara en las épocas precedentes, ni era posible que disfrutase. En efecto, si bien es verdad que la inteligencia, como la primera facultad del hombre, ha ejercido siempre sobre la sociedad una accion muy poderosa, tambien es cierto que habia menester vincularse con algunos intereses é instituciones para que pudiera producir resultados de alguna trascendencia. Esto último se verifica tambien ahora, pues que tambien ahora como antes las ideas necesitan hacerse por decirlo así palpables, y personificarse de suerte que la sociedad vea en ellas alguna cosa mas que

la mera enseñanza de una escuela. Pero no puede negarse que con la imprenta han adquirido las ideas un conducto de expresion, por el cual se ponen desde luego en contacto con todas las pasiones é intereses que tengan con ellas alguna simpatía, y por tanto llegan con mucha mas facilidad á formar un cuerpo que las adopta como propias, que se constituye su representante, que les sirve de brazo para obrar sobre la sociedad saliendo de los limites de meras teorías, y que trabaja para afirmar y extender instituciones á propósito para realizarlas y escudarlas.

De aquí ha resultado esa fuerza terrible que en nuestro tiempo han adquirido las ideas, y el notable efecto que todas producen, aun cuando pertenezcan á aquel número, que faltas de principios de vida están destinadas á pasar como ligera exhalacion que brilla y desaparece. Así tienen las sociedades modernas un nuevo poder que se combina con los demás, y que obra mas ó menos á las claras, pero siempre con grande eficacia.

Ni se crea que en aquellos países donde se ejerce una estricta vigilancia sobre la imprenta, deje esta de influir sobre las ideas y hasta sobre el curso de los negocios. Su accion será oculta, lenta, indirecta: habrá menester mas tiempo para consumir sus obras, pero no por esto será menos real y efectiva. Algunas veces, cuando se extravie de su legitimo objeto, el daño que le causen las trabas que lleve en su ejercicio, lo compensará con los engañosos vellos de que sabrá cubrirse, atrayéndose mas partidarios por lo mismo que en misteriosa reserva se ostentará como víctima de la persecucion, por haberse constituido defensora de la causa de la humanidad.

En Francia, durante el siglo xviii, estuvo la imprenta sujeta á la censura; y sin embargo difícil fuera señalar una época en que su accion hubiese sido mas terrible. ¿Qué importaban las prohibiciones de imprimir ciertas obras, si por lo mismo que eran prohibidas se propagaban con mas abundancia y se leían con mayor avidez? Al estallar la revolucion de 1789, se proclamó la libertad de la



prensa; pero los miembros de la Asamblea constituyente no habian por cierto necesitado esta libertad para adquirir aquel caudal de ideas subversivas con las cuales destruyeron un trono, derribaron todas las instituciones antiguas, ó inauguraron la nueva época que nosotros estamos presenciando.

En España, en el último tercio del siglo pasado, la imprenta estaba sometida también á vigilante censura, y esto no impidió que se nos inoculasen las ideas circulantes allende el Pirineo, que llegasen hasta las gradas del trono, cerrasen sus avenidas á los acentos de la verdad, y preparasen las trabajosas agitaciones de que es víctima la generación actual. En tiempo de lo que se llama la *ominosa década*, también es de notar el profundo cambio que en silencio se verificaba, por medio de la lectura pública ó clandestina de libros nacionales y extranjeros. En confirmación de este aserto véase lo que sucedió á la muerte de Fernando; muchos de los antiguos adversarios de las ideas reinantes ó habian fallecido, ó comian el pan de la emigración en países extraños; esto no embargante, se hallaron imbuidos en los nuevos sistemas una muchedumbre de jóvenes que no habian podido aprenderlos en ninguna de las escuelas públicas, y que por tanto debieron de haberlas bebido en libros, que leerian con tanto mayor placer y con mas viva curiosidad, por lo mismo que veian su contenido en oposicion con todo cuanto les rodeaba.

Léjos de nuestro ánimo la idea de que no deba trabajarse por medios legítimos en atajar los excesos de la prensa, en impedirle que no acarree daño á las sanas ideas y á la buena moral; solo queremos dejar consignado el efecto que de todos modos produce, y manifestar de esta manera la pujanza que con ella ha conquistado el pensamiento.

La *opinion pública* es una palabra de que se abusa lastimosamente, sobre todo en tiempo de revoluciones, haciéndola muchas veces consistir en la opinion de unos pocos que por engaño, pasiones ó intereses, sostienen doctrinas y sistemas que están en abierta oposicion con el

pensamiento y el deseo de la inmensa generalidad de aquellos cuyo nombre se usurpa. Pero no puede negarse que en la realidad existe una verdadera opinion pública, y que no impidiéndoselo la violencia, se da á conocer tan á las claras, que tomándose para observarla el tiempo conveniente, no se la puede equivocar con la gritería y el ruido de las facciones y de los bandos. Entendemos por opinion pública la de la mayoría de los hombres juiciosos, y que además sean inteligentes en la materia sobre la que se deba formarla. Con la imprenta, al par que se han facilitado medios de fingir la existencia de esta opinion, también se le han proporcionado conductos para mostrarse tal cual es, de manera que alcancen á encontrarla los hombres que la buscan con sinceridad y buena fe.

De aquí ha resultado que la intervencion de la sociedad en los negocios que la interesan se ha hecho mas continua y eficaz; porque teniendo á la mano un órgano tan expedito para expresarse, le ha sido mas fácil ejercer su accion directa ó indirectamente, segun las circunstancias del país y las formas políticas establecidas en él. Aun cuando no se suponga la imprenta libre, circulan siempre una muchedumbre de escritos en los cuales se manifiesta cuál es la opinion pública sobre los mas graves negocios; y ora se publiquen con permission del gobierno, ora salgan á luz á pesar de sus prohibiciones, ponen en discusion el asunto de que se trata, ilustran los entendimientos, agitan los ánimos, y fuerzan el poder á dejar los malos caminos en que tal vez se empeñara. Puede asegurarse que la sola imprenta, considerada en sí, y prescindiendo de la latitud que se le concede en los países regidos por un sistema constitucional, ha dado mayor impulso y desarrollo á la intervencion popular que las formas políticas mas liberales.

Estas llenan tanto mas cumplidamente el objeto de garantizar lo que se apellida *libertades públicas*, cuanto mas expedito dejan el camino para desahogarse en quejas y protestas los intereses vulnerados ó las opiniones contrariadas.



Cabalmente la imprenta por su misma naturaleza es un medio seguro para lograr este fin; mayormente no dependiendo como no depende su existencia de las combinaciones de esta ó aquella escuela, ni de las concesiones de un príncipe. Ella no es propiamente una institucion política, y por lo mismo no está sujeta á las mudanzas de todo cuanto á este orden pertenece. Es una conquista de la industria, un arte de elaboracion de unos productos que siempre encontrarán salida; y por tanto es un hecho social que los hombres pueden modificar, pero no destruir.

Los efectos que esta invencion ha producido en la ciencia son incalculables, y es uno de los trascendentales el que ha vulgarizado el saber, extendiendo las luces verdaderas ó falsas, á un número mucho mayor del que antes las alcanzaba. Prescindamos por ahora del beneficio ó daño que bajo el aspecto de la profundidad hayan recibido por esta causa las ciencias, comprendiendo en este nombre todo linaje de conocimientos; pero en lo tocante á la diffusion, no puede negarse que la ha aumentado considerablemente. Apenas concebimos nosotros cómo era posible adquirirlos ni aun medianos, por medio de los simples manuscritos; de suerte que cuando no tuviéramos otra prueba de la laboriosidad de los siglos anteriores, bastaríanos recordar el crecido número que contaron de hombres eminentes en todos ramos, y la noticia de la popularidad que en algunas épocas adquirieron cierta clase de conocimientos. Como quiera es indudable que estos debian limitarse á un número inmensamente menor; y que si los antiguos pudiesen presenciar la sobreabundancia de medios de que nosotros disfrutamos, léjos de admirarse de que los aventajemos en este ó aquel punto, se asombrarian de que en todos no les llevemos incomparable superioridad.

Hay entre los modernos el defecto de que, extendiéndonos á mucho, profundizamos poco; y no sin razon se nos achaca un superficialismo que nos permite hablar de todo, por escasa que sea nuestra inteligencia en la materia de que se trata. En esta, como en todas aquellas pro-

posiciones generales que expresan el resultado de la induccion de una infinidad de hechos difíciles de reunir y mas todavía de clasificar y apreciar debidamente, se contiene una parte verdadera y otra falsa: y la razon y la prudencia aconsejan mantenerse en sobria reserva, para no encarecer con demasiado entusiasmo, ni vituperar con excesiva acritud. Por mas que se diga, la inteligencia se ha elevado en los siglos modernos á una altura á que no llegó jamás ni en los dias mas nombrados de Grecia y Roma. La admiracion que naturalmente se profesa á todo lo que está separado de nosotros por larga cadena de siglos, hace que nos inclinemos á considerar á los escritores de aquellos tiempos como hombres de otra raza superior, á quienes es difícil y casi imposible igualar. Respetamos como el que mas el mérito de los antiguos, y nos lamentamos de lo mucho que se descuida su lectura, quizás por algunos de aquellos mismos que les tributan exagerados elogios; pero á decir verdad, al revolverlos una que otra vez, no hemos acertado á descubrir en ellos una sabiduria mayor de la que se ha visto en Europa en los últimos siglos: y debemos añadir que el entendimiento humano nos parece mucho mas grande ahora de lo que era entonces. Cuando esto decimos, fijamos la vista en los mayores ingenios de la antigüedad; pensamos en Platon, en Aristóteles, en Ciceron, en Séneca, en Tácito, y no exceptuamos la poesía, ni otro género de literatura; opinando que si bien bajo este ó aquel aspecto, pudieron aventajar á los modernos, estos en cambio los sobrepujan en tantos sentidos, que la compensacion es sobreabundante, y el parangon no puede sostenerse.

No intentamos indicar por medio de las observaciones que preceden, que se deba principalmente á la imprenta la superioridad del entendimiento humano en los tiempos modernos; sabemos muy bien que la causa primaria se encuentra en el cristianismo, el cual dando ideas grandiosas, verdaderas y exactas, sobre Dios, sobre el hombre, y sobre la sociedad, ha generalizado esa sublimidad



del pensamiento, que distingue á los pueblos que le profesan. Así es de notar, que la superioridad de los modernos sobre los antiguos, se hace sentir especialmente en lo que concierne al fondo de las cosas: con el solo catecismo se han hecho comunes entre el pueblo ideas que se hubieran mirado como altas concepciones de recóndita filosofía; y el entendimiento de la generalidad de los hombres ha llegado por decirlo así á familiarizarse con objetos cuya existencia no pudieron los antiguos ni aun sospechar. Pero reconociendo estas verdades no podemos negar la parte que á la imprenta le ha cabido en el desarrollo y propagación de las ideas: lo que se prueba evidentemente con el asombroso adelanto que hicieron todos los ramos del saber, tan pronto como vino en su apoyo ese poderoso agente.

De las reflexiones que preceden inferiremos lo que ya desde un principio llevamos indicado, á saber: que los excesos de la prensa no deben exasperarnos hasta el punto de hacernos mirar con aversión el descubrimiento en sí mismo; no perdiendo nunca de vista que son cosas muy diferentes el uso y el abuso, y que por la existencia del uno no debemos condenar el otro.

Pero, se nos dirá, ¿cómo será dable impedir este abuso? ¿qué medios hay para sujetar á ese Proteo que toma todas las formas, que elude todos los golpes? problema difícil, complicadísimo, que figura entre tantos y tantos como abruman á las sociedades modernas, y que no es ciertamente de los de menor importancia. Quizás otro día nos ocupemos de esta gravísima materia, emitiendo nuestras convicciones con la imparcialidad é independencia de que nos preciamos. Como una que otra vez podría parecer severa nuestra opinion, deseosos de que no se nos tache de partidarios de la esclavitud del pensamiento, y de enemigos de la causa de la civilización, hemos tributado gustosos el debido homenaje al sublime descubrimiento, cuyo recuerdo basta para llenar de entusiasmo á todos los espíritus generosos y amantes de los progresos del entendimiento humano. — *J. B.*

## POLÉMICA RELIGIOSA.

CARTA TERCERA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGION.

Mi querido amigo: cuando, segun me indica V. en su última, veo que llegaremos á entablar una séria disputa sobre materias religiosas; me ha llenado de indecible consuelo la seguridad que me da V., de no haber llegado su extravío al extremo de poner en duda la existencia de Dios: esto allana sobremanera el camino á la discusión, pues que no es posible dar en ella un solo paso sin estar de acuerdo sobre esta verdad fundamental. Y no sin motivo he querido cerciorarme de las ideas que sobre este particular profesaba V.; pues que nunca podré olvidar lo que me sucedió con otro escéptico, de quien sospechando yo si tal vez hasta ponía en duda la existencia de Dios, ó si al menos no la concebía tal como es menester, y dirigiéndole en consecuencia algunas preguntas, me salió con una extraña ocurrencia que fuera chistosa á no ser sacrílega. Advirtiéndole yo que ante toda discusión era necesario estar los dos de acuerdo sobre este punto, me respondió con la mayor serenidad que imaginarse pueda: «me parece que podemos pasar adelante; porque opino que es de poca importancia el aclarar si Dios es una cosa distinta de la naturaleza ó si es la misma naturaleza.» ¡A tanto llega la confusión de ideas trastornadas por la impiedad! y este hombre por otra parte era de mas que mediana instruccion, y de ingenio muy despejado!

Desde luego le doy á V. mil satisfacciones por haberme atrevido á indicarle mis recelos en este punto, bien que difícilmente me arrepiento de semejante conducta, porque